



Instrucciones para *(no siempre)* llegar a Cortázar

Juan Villoro

En 1975 llegué a Europa trabajando en las bodegas del buquemotor *Mérida*. Viajaba con Pablo Friedmann, mi mejor amigo, sin otra meta que el vagabundeo. Durante seis meses sobrevivimos bebiendo agua en cualquier lavabo y durmiendo en los galpones de veinte literas de los albergues juveniles. El propósito oculto de esta errancia era encontrar un destino para los años posteriores. En trances de contemplación mística en los museos, Pablo descubrió su vocación pictórica (yo lo seguía por el simple hecho de que allí había calefacción), y en los andenes de una estación perdida, los túneles del metro y un lanchón habitado por bellezas maravillosamente sucias, creí atisbar las historias de un libro que nunca escribí pero que se abrió ante mí como un horizonte posible: incluso yo podía narrar algo.

Para certificar nuestras vocaciones, buscamos el apoyo definitivo de un gurú. Pablo consiguió que el director del Museo de Arte Moderno de Amsterdam le diera una carta para Antoni Tàpies y visitamos su taller en Barcelona. Tàpies alentó al aprendiz de genio con un lema autodidacta: “La verdad sólo surge

en el diálogo con los materiales; después de mucho pintar, sabrás lo que buscas.” El peregrinaje dio resultado; Pablo había visto a un chamán de su tribu. Intoxicado de entusiasmo, me obligó a tomar un tren a París para visitar al chamán de la mía, Julio Cortázar. En este caso, no teníamos otra carta de presentación que nuestra impertinencia.

No recuerdo cómo conseguí la dirección. El caso es que una tarde de viento subimos hasta un tercer o cuarto piso. Había algo tautológico en esa ascensión: fui a Europa con el deseo de agregarle un capítulo a *Rayuela* y ahora subía peldaños para encontrar al creador de la trama, la serie de correspondencias que hacían posible ese azar.

Entonces un vecino colocó en su tornamesa *Así hablaba Zaratustra*, de Richard Strauss, el ampuloso delirio sinfónico que mi generación conoció por *2001. Odisea del espacio*. Al oír aquellos épicos timbales, supe que no estaba preparado para el encuentro. Como el protagonista de “El perseguidor” quise que ésa fuera la *música de pasado mañana*, quise estar en un futuro en el que ya hubiera sobrevivido al rubor de buscar a Cortázar.



Congelo la escena en esa puerta donde la música y el remordimiento me llenan los oídos y regreso en tranvía a la preparatoria, a las tardes en que discutía a Cortázar con mi amigo Xavier Cara. De 1973 a 1975, nuestra principal ocupación fue enamorarnos de exiliadas chilenas. En los ratos libres de esta extenuante y nunca recompensada tarea, leíamos a Cortázar con un fervor disparatado. Sus cuentos y sus novelas eran para nosotros libros de autoayuda; queríamos ser los personajes, encontrar a La Maga, cruzar puentes sobre el Sena, recorrer ámbitos cargados de tabaco oscuro, en los que giraban sugerentes discos de jazz. Esta idolatría de la conducta (leer tramas como manuales de comportamiento) poco a poco cedió su sitio a una apreciación más técnica. Xavier y yo dudábamos entre ser médicos o escritores y el lenguaje de Cortázar, que mandaba a volar los signos de puntuación, avanzaba con ritmo sincopado y admitía por igual referencias exquisitas que temas de cultura popular, era el mejor estímulo para quedarnos dentro de la literatura. No sé a ciencia cierta cómo empezó el juego pero Xavier y yo memorizamos cuentos enteros de Cortázar. Uno recitaba una frase, el otro debía decir la siguiente. Se trataba de un ejercicio fanático, autista. A la distancia, me parece obvio y merecido que las exiliadas chilenas rechazaran al par de recitadores de frases sueltas. Pese a lo ridículo del asunto, algo cristalizó en esa afición; *Final del juego*, *Bestiario*, *Las armas secretas*, *Todos los fuegos el fuego* se transfor-

maron en un tribunal del idioma; sólo lo que aparecía ahí estaba permitido.

Xavier me regaló *Rayuela*, con una dedicatoria tan larga como uno de los capítulos prescindibles. Ahí hablaba del futuro, los viajes reales e imaginarios que íbamos a hacer. No se embarcó en el *Mérida* porque optó finalmente por la medicina y consiguió un sitio en la UNAM. El vagabundeo en Europa se convirtió entonces en las cartas que le escribía a Xavier, donde se intuían sombras salidas de otros cuentos, jardines fumigados con venenos raros, techos de cristal que comunican dos calles como un falso cielo, estaciones del metro donde la suerte propone citas subterráneas. Supongo que aquellas cartas quedaban deliberadamente inconclusas, en señal de que había apuestas posibles, destinos difíciles de preveer que se atarían como en los relatos que habíamos memorizado. La realidad fue más burda. Xavier Cara murió durante el terremoto de 1985, mientras hacía guardia en el Hospital General.

En lo que a mí toca, nunca traspasé el umbral de Cortázar. El escritor había ido a algún congreso o a comprar Gitanes. Respiré con alivio afuera de su departamento.

Con los años, se padece una doble superstición hacia las lecturas de juventud. Por un lado, deseamos mantenerlas intactas, no manchar nuestra inocente fascinación con el vicio de la relectura. Pero también tememos que sean malísimas, que una actividad que tanto le debe a la experiencia comenzara celebrando a novelistas de tercer orden.

Dejé de releer a Cortázar como quien lucha contra una adicción, en busca de un camino que no significara poner mis pasos en sus huellas. Conservé en la memoria las atmósferas entre lo real y lo fantástico y la liberadora voluntad de estilo. Quizá en busca de un remedio para una pasión extrema, me decepcioné con el Cortázar tardío, el de las simplificaciones políticas, la frágil invención de los cronopios (aunque ahí, en esa estética tan Walt Disney, asomaban las insuperables instrucciones para subir una escalera), la cursilería (desplegada no sólo en sus fatídicas letras de tango, sino en la solidaridad izquierdista que lo rescató del solipismo y el aislamiento en París, pero le sugirió títulos impresentables, como *Nicaragua tan violentamente dulce*), la filosofía *kitsch* (de la tesis

del “lector hembra” en *Rayuela* al valor trascendente de la masturbación y del coito anal en *Libro de Manuel*), los juegos ñoños (*Los autonautas de la cosmopista*, *Fantomas contra los vampiros multinacionales*). Necesitaba a un último Cortázar, desastroso y vencido por su propia obra, para librarme de él. El parricidio que Gombrowicz recomendó al zarpar de Argentina rumbo a Europa (“¡muchachos, maten a Borges!”) empezaba a cumplirse en una generación de adictos a *Final del juego*.

Pero ciertos hábitos son inquebrantables; no en balde, la lectura *completa* de *Rayuela* comienza con la frase: “Sí, pero quién nos curará del fuego sordo...” Cortázar regresa como el fuego sordo. En 1986, José Agustín viajó a Argentina y trajo *Divertimento* y *El examen*, dos novelas que Cortázar no pudo publicar en su juventud y que le parecieron demasiado imperfectas para editarlas en su madurez. Agustín me propuso que comentáramos en televisión esas obras, publicadas dos años después de la muerte del autor: *Divertimento*, un tanteo humorístico con el surrealismo, y *El Examen*, donde una niebla agobia a los protagonistas que deciden pasar la noche en vela, recorriendo las calles de Buenos Aires, como única preparación para un examen del día siguiente. Novela de ideas y de época, *El examen* es también un caso de literatura fantástica y una metáfora del peronismo en la cuerda de “Casa tomada”. Sólo un férreo sentido de la autocritica explica que Cortázar se negara a publicar en vida *El examen*. Sin embargo, vale la pena anotar una paradoja: esta novela “cancelada” es muy superior a cuentos de la etapa final, como “Apocalipsis en Solentiname” o “Alguien que anda por ahí”.

Con frecuencia, la posteridad de Cortázar ha ido acompañada de una acusación: se trata de un autor “fechado”, las copiosas referencias culturales de *Rayuela* le dicen poco a los nuevos lectores, su vanguardismo responde a cierta coquetería de la moda. En el mejor texto crítico acerca de *Libro de Manuel*, “El socialismo de los consumidores”, Ricardo Piglia ve el compromiso social de Cortázar como la romantización extrema de un individualista: “El personaje más representativo (habría que escribir: el héroe) de Cortázar es siempre el exquisito, capaz de distinguir en la maraña de mercancías el objeto único que en su rareza

expresé la calidad espiritual del conocedor que sabe apropiárselo. En *Rayuela*, ese cenáculo —ese mercado persa— de gustadores refinados que consume anécdotas insólitas, lugares secretos, bebidas exóticas y música de jazz tiende a asimilar la iniciación mística con un viaje en el interior de las regiones inexploradas del mercado capitalista [...] En el *Libro de Manuel* ha dado un peligroso paso hacia adelante haciendo del “hombre nuevo” el gustador a la vez más refinado y más completo. Esteta, sibarita, erotómano, este hombre total antes que vivirlo todo —como querían los románticos— debe gustarlo todo [...] Este discurso que busca ajustar el deseo a la lógica del valor de cambio predica, en realidad, la liberación del deseo de *consumir*.”

En febrero de 1994, cuando se cumplieron diez años de la muerte de Cortázar, yo daba clases en la Universidad de Yale. Propuse una mesa redonda y busqué el apoyo de una profesora argentina. El tema no le interesaba: “Es un autor para adolescentes.” Una y otra vez he encontrado reparos semejantes en amigos argentinos: “Es demasiado jipi, demasiado superficial, demasiado lírico.” Por momentos, siento que hablan de un Mark Twain o de un Salgari de los años sesenta. Me cuesta trabajo contradecir estos reparos, entre otras cosas porque sirvo para ejemplificarlos; no deseo perder la sorpresa esencial de haber leído a Cortázar buscando instrucciones para resolver el destino. De cualquier forma, sin entrar en las tediosas taxonomías del especialista, me parece obvia la maestría de sus mejores cuentos (“El otro cielo”, “Cartas de mamá”, “La puerta condenada”, “La autopista del Sur”, “Las babas del diablo”, “Después del almuerzo”, “Manuscrito hallado en un bolsillo”, “Verano”). En lo que toca a sus obras de largo aliento, ciertos pasajes perdurarán por sí mismos, más allá de las novelas que les sirven de pretextos: los edificios unidos por un tablón en *Rayuela*, la llegada al café en *Los premios*.

En un texto marginal que narra su recorrido por Provenza mientras corrige las pruebas de imprenta de *Libro de Manuel*, Cortázar se propone ser un “Robinson deliberado”, alguien que busca una isla donde naufragar. Leí sus libros con la intensidad de quien los confunde con la vida. Espero que los años pasen sin rescatarme de ese venturoso naufragio. ①

ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA



LA HABANA

1952